

LOS VERSOS DE CORDELIA

109

Cancionero y
Romancero de Ausencias



Primera edición en REINO DE CORDELIA, abril de 2026

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodecordelia.es

  @reinodecordelia  facebook.com/reinodecordelia



 <https://www.youtube.com/c/ReinodeCordeliaor>

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

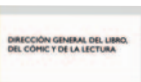
C/Agustín de Betancourt, 25 - 6º pta. 13

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques
 y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

Ilustraciones: © Toño Benavides, 2026

Edición y prólogo: © Luis Alberto de Cuenca y Prado, 2026



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura a través de la Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 979-19-87599-35-5

Depósito legal: M-8712-2026

Diseño y maquetación: Jesús Egado

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E.U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cancionero y Romancero de Ausencias

Miguel Hernández

Ilustraciones de Toño Benavides

Edición de Luis Alberto de Cuenca



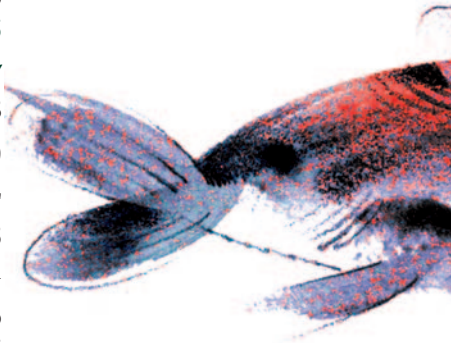
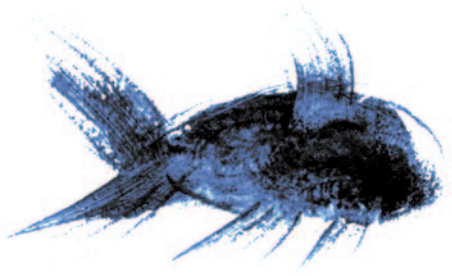
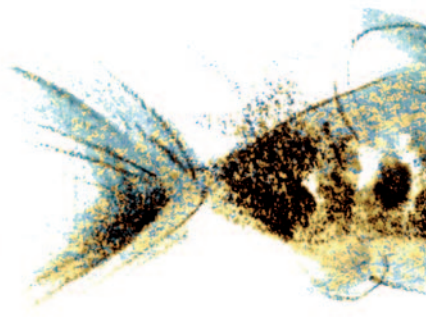


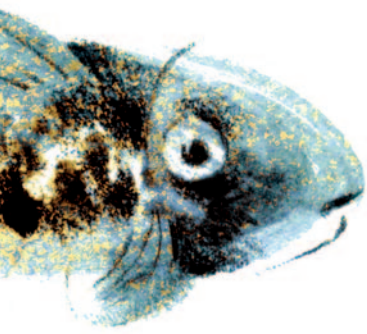
Índice

	Nota del editor	13
CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS		17
	[1]	19
	[2]	20
	[3]	22
	[4]	23
	[5]	24
	[6]	25
	[7]	28
	[8]	29
	[9] Vals de los enamorados y unidos hasta siempre	30
	[10]	32
	[11]	33
	[12]	34
	[13]	35
	[14]	36
	[15]	38
	[16]	39



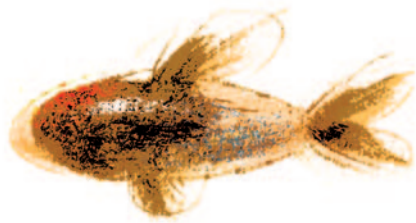
[17]	40
[18]	41
[19]	42
[20]	43
[21]	44
[22]	45
[23]	46
[24]	48
[25]	49
[26]	50
[27]	51
[28]	52
[29]	53
[30]	54
[31]	55
[32]	56
[33]	57
[34]	58
[35]	59
[36]	62
[37]	63
[38]	64
[39]	65
[40]	66
[41]	67
[42]	68
[43]	70
[44]	71
[45] Vida solar	73
[46]	76
[47]	77
[48]	78



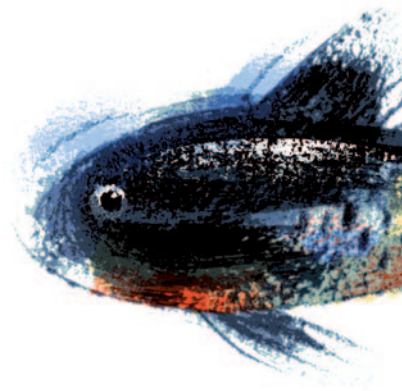
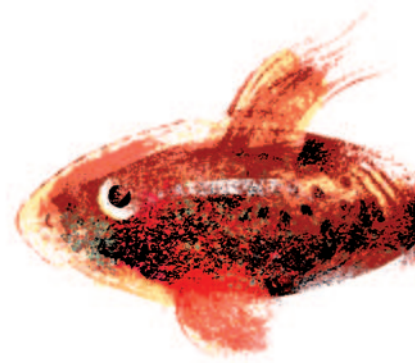


[49]	79
[50]	80
[51]	82
[52] A mi hijo	84
[53] Orillas de tu vientre	88
[54]	91
[55]	93
[56]	94
[57]	95
[58]	96
[59]	97
[60]	98
[61] Hijo de la luz y de la sombra	99
I (Hijo de la sombra)	99
II (Hijo de la luz)	101
III (Hijo de la luz y de la sombra)	104
[62] (La lluvia)	106
[63]	109
[64] Antes del odio	110
[65]	113
[66] La boca	114
[67]	118
[68]	119
[69]	120
[70] Ascensión de la escoba	121
[71] Después del amor	122
[72]	125
[73]	126
[74]	127
[75]	128
[76]	129
[77]	131
[78] Guerra	133

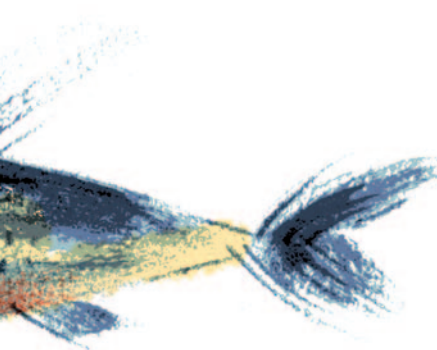




[79] [Nanas de la cebolla]	136
[80]	142
[81]	143
[82]	146
[83]	147
[84]	148
[85]	149
[86]	150
[87]	151
[88]	152
[89]	153
[90]	154
[91]	155
[92]	156
[93]	157
[94]	158
[95]	159
[96]	160
[97]	161
[98]	163
[99]	164
[100]	165
[101]	166
[102]	167
[103]	168
[104]	169
[105]	170
[106]	171
[107]	172
[108]	173
[109]	174
[110]	175
[111]	176



[112]	177
[113]	178
[114]	179
[115]	180
[116]	181
[117] El último rincón	182
[118] Cantar	188
[119]	190
[120]	192
[121]	194
[122] Casida del sediento	195
[123]	197
[124]	198
[125]	199
[126]	200
[127] Todo era azul	201
[128] Sonreír con la alegre tristeza del olivo	202
[129] Yo no quiero más luz que tu cuerpo ante el mío	203
[130] 19 de diciembre de 1937	206
[131] Muerte nupcial	208
[132] El niño de la noche	212
[133] El hombre no reposa	214
[134] Sigo en la sombra, lleno de luz: ¿existe el día?	215
[135] Vuelo	216
[136] Sepultura de la imaginación	219
[137] Eterna sombra	221





Miguel Hernández posa en la Gran Vía de Madrid junto a su hermana Elvira y su sobrina.

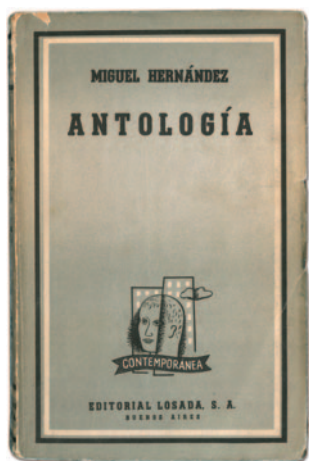
Nota del editor

Luis Alberto de Cuenca
Real Academia de la Historia

SE LLAMABA SOLEDAD, era muy rubia y muy blanca, y se apellidaba Gasset. Vivía en el número 50 de la calle Goya, en Madrid. La conocí siguiéndola por el parque del Retiro. Seguir a las chicas, a una distancia respetuosa, por el Retiro era un deporte que practicábamos con frecuencia los miembros de mi generación. Era, también, una forma de iniciar el proceso de abordarlas, de la manera más cortés posible, después de la inocente persecución, y de invitarlas a tomar un helado a la calle de Alcalá o un perrito caliente a la calle del General Mola, que había locales especializados en ese tipo de manjares a tiro de piedra del parque, siempre que se saliera por la puerta del Paseo de Coches, que era lo más habitual. Eso hicimos mi amigo Federico y yo con Soledad y con la niña que la acompañaba —de cuyo nombre no logro acordarme, aunque quizá fuese Teresa—, y acabamos saliéndonos con la nuestra, pues aceptaron muy gustosas la invitación a merendar. En el curso de la merienda, Soledad, que no tendría más de catorce años —yo tendría, a lo sumo, quince—, empezó a hablar de literatura. En seguida pasó a recomendarnos muy vivamente la lectura de Miguel Hernández, cuya producción poética íntegra solo podía leerse por aquel entonces en las ediciones

argentinas de Losada, ya que la censura vigente no simpatizaba con sus poemas más encendidos y beligerantes desde el punto de vista ideológico, y esos poemas eran, por supuesto, los que más ponderaba Soledad.

Qué tiempos aquellos. Una adolescente de catorce años le podía descubrir a un muchachito imberbe de su edad los versos de un poeta de la talla de Miguel Hernández, sin que por ello temblaran las esferas, ni se resquebrajara el firmamento, ni concurrieran esos signos que, según Berceo, aparecerán antes del Juicio Universal. Al día siguiente, me hice con una *Antología* de Hernández, trenzada y prologada por María de Gracia Ifach, que figuraba en el catálogo de la «Biblioteca Contemporánea» de Losada (Buenos Aires, 1960). Los libros prohibidos lo estaban hasta cierto punto en aquella época, dado que uno podía comprarlos en cualquier parte y sin ningún problema,



Miguel Hernández, *Antología*, Buenos Aires, Losada, 1960.

con tal que no fuesen piezas bibliográficas abiertamente peligrosas para la subsistencia del régimen franquista —y de cualquier persona inteligente, añadiría yo—, como las obras completas de Lenin, los novelones pornográficos del Marqués de Sade o el *Libro Rojo* de Mao. Cuando me senté en un sillón de la casa paterna con aquel libro de cubiertas grises en las manos, empecé a leerlo como si fuese Soledad, travistiéndome de ella, impregnándome de la colonia que llevaba, viajando por las páginas del tomo con los ojos azules de ella, que me lo había recomendado, con los ojos intensamente azules de aquella jovencita que, con catorce años, abrió los míos a la gloria del *pastiche* juvenil de *Perito en lunas*, a la música vigorosa de *El rayo que no cesa*, al fervor revolucionario de *Viento del pueblo*, a la magia desolada de *Cancionero y romancero de ausencias*, a tantos mundos confluentes en uno solo: el monumental corazón, abierto por igual a exigentes estetas y a desheredados analfabetos, de Miguel.

Fui Soledad Gasset leyendo a Miguel Hernández. Y disfruté muchísimo fundiéndome con los dos. A ella no la volví a ver, a pesar de que estuve escudriñando su portal de la calle Goya durante décadas. Pero sí sigo viendo todos los días aquel ejemplar de la *Antología* hernandiana de Losada en un estante de mi biblioteca, y lo conservo entre algodones, como si se tratase de una edición aldina de Sófocles o de Valerio Máximo, el *Amadís* impreso por Jorge Coci en Zaragoza o el *Epitalamio* de Valle-Inclán de la colección «Flirt». Miro la fecha en que lo compré: 1966. Hoy, sesenta años después, vencido y desarmado el ejército de mi esperanza, «ya no quiero más luz que tu sombra dorada / donde brotan anillos de una hierba sombría», Soledad.

SOBRE ESTE *CANCIONERO Y ROMANCERO DE AUSENCIAS*

PARA CONMEMORAR aquel encuentro juvenil me ha parecido oportuno reimprimir mi libro favorito de Miguel, que no es otro que *Cancionero y romancero de ausencias*. Más que un libro orgánico, se trata de un conjunto de poemas urdidos por Miguel en las cárceles franquistas, que es donde pasó los tres últimos años de su vida. Detenido en la frontera portuguesa a principios de 1939, fue encarcelado de inmediato, visitando como cautivo diferentes prisiones hasta su tempranísima muerte, víctima de la entonces letal tuberculosis, el 28 de marzo de 1942, en la cárcel de Alicante (la misma en la que fuera fusilado José Antonio). Contaba al morir con solo treinta y un años de edad.

La primera vez que apareció un libro hernandiano con el título de *Cancionero y romancero de*



Edición príncipe.

ausencias (1938-1941) fue en Buenos Aires y en abril de 1958, bajo los auspicios de la editorial Lautaro. Veinte años después, en 1979, el poeta Leopoldo de Luis y su hijo, el poeta y catedrático Jorge Urrutia, se encargaron de reunir la *Obra poética completa* de Miguel, primero en Zero y luego en Alianza. De 1992 data la edición crítica de su *Obra completa* en Espasa, a cargo esta vez de Agustín Sánchez Vidal y José Carlos Rovira, con la colaboración de Carmen Alemany. Una compilación que sería reproducida *ad litteram*, pero sin aparato crítico, en la edición del centenario (2010), que incluye un *Cancionero y romancero de ausencias* mucho más amplio que el de la *editio princeps*, y cuyo contenido es básicamente el mismo que presento aquí, aliviado de alguna errata y de los poquísimos errores de puntuación que contiene. El *Cancionero* se extiende en la edición de 2010 desde la página 589 hasta la 664 del volumen I de la obra. Mis correcciones han sido mínimas, como puede constatarse con facilidad si se confrontan ambos textos. En el caso de las «Nanas de la cebolla», sin duda alguna la composición más hermosa del libro, he estado a punto de permitirme alguna licencia con el solo y noble propósito de intentar mejorar lo difícilmente mejorable.

El *Cancionero y romancero de ausencias* de Miguel Hernández es un largo poema de amor sin ninguna instrucción política previa. Eso hace que gane en universalidad y en complicidad con todo tipo de lectores. La corta vida de su autor, lo mismo que ocurre con la de poetas como Keats, narradores como Hauff o ensayistas como Larra, no da en ningún momento la sensación de inconclusa. Miguel Hernández es un poeta descomunal. Soledad no se equivocaba cuando me recomendó su lectura.

Madrid, 2 de marzo de 2026

Cancionero y Romancero de Ausencias

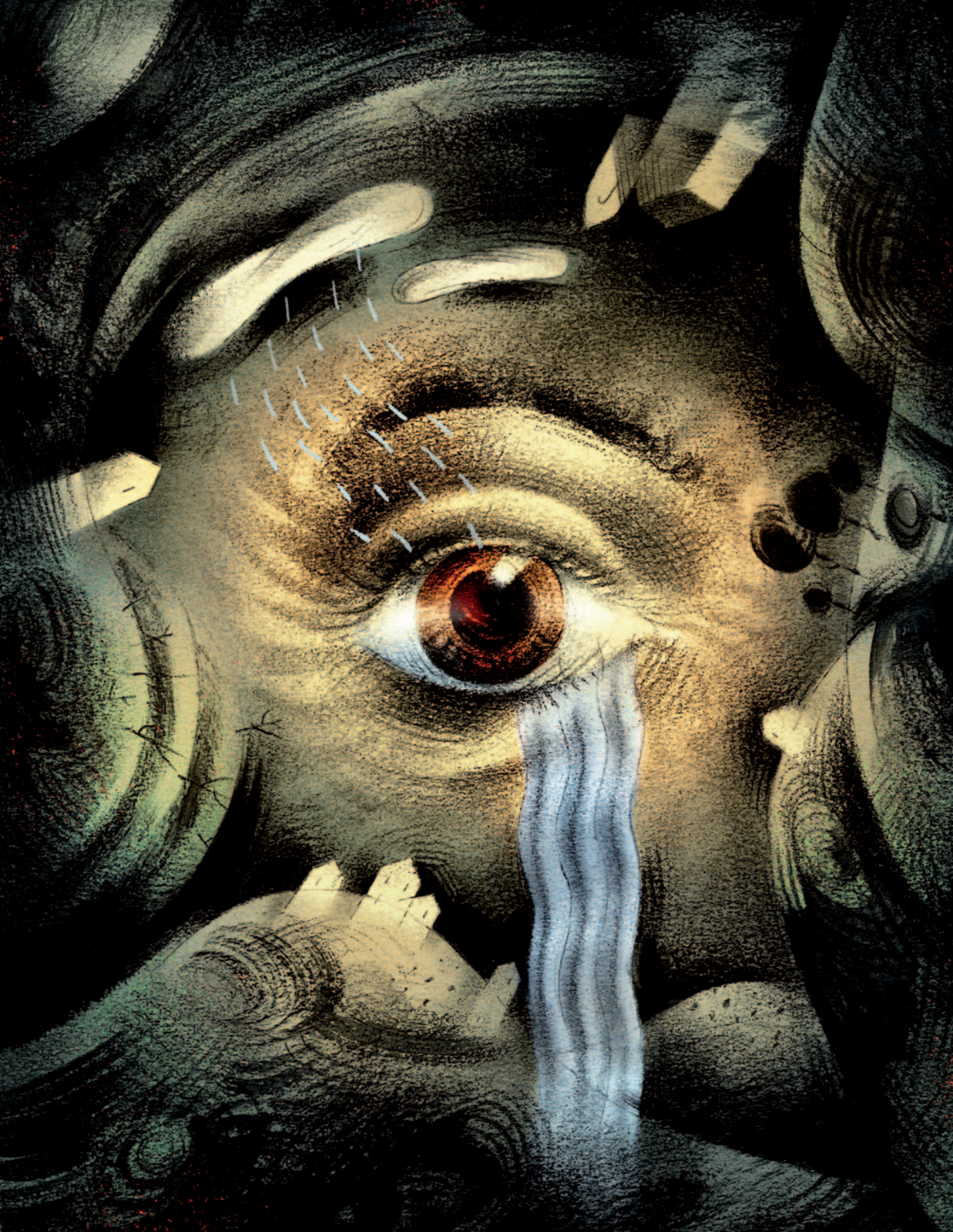


[1]

ROPAS con su olor,
paños con su aroma.
Se alejó en su cuerpo,
me dejó en sus ropas.
Lecho sin calor,
sábana de sombra.
Se ausentó en su cuerpo.
Se quedó en sus ropas.

[2]

NEGROS ojos negros.
El mundo se abría
sobre tus pestañas
de negras distancias.
Dorada mirada.
El mundo se cierra
sobre tus pestañas
lluviosas y negras.



[3]

No QUISO ser.

No conoció el encuentro
del hombre y la mujer.
El amoroso vello
no pudo florecer.
Detuvo sus sentidos,
negándose a saber,
y descendieron diáfanos
ante el amanecer.
Vio turbio su mañana
y se quedó en su ayer.

No quiso ser.

[4]

TUS OJOS parecen
agua removida.
¿Qué son?

Tus ojos parecen
el agua más turbia
de tu corazón.
¿Qué fueron? ¿Qué son?

[5]

EN EL FONDO del hombre
agua removida.

En el agua más clara
quiero ver la vida.

En el fondo del hombre
agua removida.

En el agua más clara
sombra sin salida.

En el fondo del hombre
agua removida.

[6]

EL CEMENTERIO está cerca
de donde tú y yo dormimos,
entre nopales azules,
pitas azules y niños
que gritan vívidamente
si un muerto nubla el camino.
De aquí al cementerio, todo
es azul, dorado, límpido.
Cuatro pasos, y los muertos.
Cuatro pasos, y los vivos.
Límpido, azul y dorado,
se hace allí remoto el hijo.





[7]

SANGRE remota.
Remoto cuerpo,
dentro de todo:
dentro, muy dentro
de mis pasiones,
de mis deseos.

[8]

¿QUÉ QUIERE el viento de encono
que baja por el barranco
y violenta las ventanas
mientras te visto de abrazos?

Derribarnos, arrastrarnos.

Derribadas, arrastradas,
las dos sangres se alejaron.
¿Qué sigue queriendo el viento
cada vez más enconado?

Separarnos.

[9]

Vals de los enamorados y unidos hasta siempre

NO SALIERON jamás
del vergel del abrazo.
Y ante el rojo rosal
de los besos rodaron.

Huracanes quisieron
con rencor separarlos.
Y las hachas tajantes
y los rígidos rayos.

Aumentaron la tierra
de las pálidas manos.
Precipicios midieron,
por el viento impulsados
entre bocas deshechas.
Recorrieron naufragios,
cada vez más profundos
en sus cuerpos, sus brazos.
Perseguidos, hundidos

por un gran desamparo
de recuerdos y lunas,
de noviembre y marzos,
aventados se vieron
como polvo liviano:
aventados se vieron,
pero siempre abrazados.

[10]

UN VIENTO ceniciento
clama en la habitación
donde clamaba ella
ciñéndose a mi voz.

Cámara solitaria,
con el herido son
del ceniciento viento
clamante alrededor.

Espejo despoblado.
Despavorido arcón
frente al retrato árido
y al lecho sin calor.

Cenizas que alborota
el viento que no amó.

En medio de la noche,
la cenicienta cámara
con viento y sin amores.

[II]

COMO la higuera joven
de los barrancos eras.
Y cuando yo pasaba
sonabas en la sierra.
Como la higuera joven,
resplandeciente y ciega.

Como la higuera eres,
como la higuera vieja.
Y paso, y me saludan
silencio y hojas secas.

Como la higuera eres
que el rayo envejeciera.

[12]

EL SOL, la rosa y el niño
flores de un día nacieron.
Los de cada día son
soles, flores, niños nuevos.

Mañana no seré yo:
otro será el verdadero.
Y no seré más allá
de quien quiera su recuerdo.

Flor de un día es lo más grande
al pie de lo más pequeño.
Flor de la luz el relámpago,
y flor del instante el tiempo.

Entre las flores te fuiste.
Entre las flores me quedo.

[13]

BESARSE, mujer,
al sol, es besarnos
en toda la vida.
Ascienden los labios,
eléctricamente
vibrantes de rayos,
con todo el furor
de un sol entre cuatro.
Besarse a la luna,
mujer, es besarnos
en toda la muerte.
Descienden los labios,
con toda la luna,
pidiendo su ocaso,
del labio de arriba,
del labio de abajo,
gastada y helada
y en cuatro pedazos.

[14]

LLEGÓ tan hondo el beso
que traspasó y emocionó los muertos.

El beso trajo un brío
que arrebató la boca de los vivos.

El hondo beso grande
sintió breves los labios al ahondarse.

El beso aquel que quiso
cavar los muertos y sembrar los vivos.



[15]

SI TE perdiera...
Si te encontrara
bajo la tierra.

Bajo la tierra
del cuerpo mío,
siempre sedienta.

[16]

CUERPO del amanecer:
flor de la carne florida.
Siento que no quiso ser
más allá de flor tu vida.
Corazón que en el tamaño
de un día se abre y se cierra.
La flor nunca cumple un año,
y lo cumple bajo tierra.

[17]

EN ESTE campo
estuvo el mar.
Alguna vez volverá.
Si alguna vez una gota
roza este campo, este campo
siente el recuerdo del mar.
Alguna vez volverá.

[18]

CADA VEZ que paso
bajo tu ventana,
me azota el aroma
que aún flota en tu casa.
Cada vez que paso
junto al cementerio
me arrastra la fuerza
que aún sopla en tus huesos.

[19]

EL CORAZÓN es agua
que se acaricia y canta.

El corazón es puerta
que se abre y se cierra.

El corazón es agua
que se remueve, arrolla,
se arremolina, mata.

[20]

TIERRA. La despedida
siempre es una agonía.

Ayer nos despedimos.
Ayer agonizamos.
Tierra en medio.
Hoy morimos.

[21]

POR ESO las estaciones
saben a muerte, y los puertos.
Por eso cuando partimos
se deshojan los pañuelos.

Cadáveres vivos somos
en el horizonte, lejos.

[22]

CADA VEZ más presente.
Como si un rayo raudo
te trajera a mi pecho.
Como un lento, rayo
lento.
Cada vez más ausente.
Como si un tren lejano
recorriera mi cuerpo.
Como si un negro barco
negro.

[23]

SI NOSOTROS viviéramos
lo que la rosa, con su intensidad,
el profundo perfume de los cuerpos
sería mucho más.

¡Ay, breve vida intensa
de un día de rosales secular,
pasaste por la casa
igual, igual, igual
que un meteoro herido, perfumado
de hermosura y verdad!

La huella que has dejado es un abismo
con ruinas de rosal
donde un perfume que no cesa hace
que vayan nuestros cuerpos más allá.



[24]

UNA fotografía.
Un cartón expresivo,
envuelto por los meses
en los rincones íntimos.

Un agua de distancia
quiero beber: gozar
un fondo de fantasma.

Un cartón me conmueve.
Un cartón me acompaña.

[25]

LLEGÓ CON tres heridas:
la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.

Con tres heridas viene:
la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.

Con tres heridas yo:
la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.